



REFLEXIONES SOBRE LA MASONERIA

(Texto Parcial)

ALBERTO VALÍN FERNÁNDEZ

(“Cómo nos ve un Profano ilustrado”)

Gentileza de **Tomas E. Gondesen**

Alberto Valin Fernandez
Categoría: Profesor y escritor
Fecha de Nacimiento: 12 de diciembre de 1953
Lugar de Nacimiento: Lugo
Curriculum:
Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, obtuvo el grado de licenciatura en Historia con la calificación de sobresaliente *cum laude* en la Universidad de Zaragoza. Es doctor en Filosofía y Letras, sección de Historia, con la calificación de sobresaliente *cum laude* por la Universidad de Zaragoza. Actualmente es profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Vigo.
Obras realizadas:
Publicó los siguientes libros: La masonería y la Coruña. Introducción a la historia de la masonería gallega. Vigo, Ed. Xerais, 1984, 333 páginas; Galicia y la masonería en siglo XIX. Sada (A Coruña), Ed. do Castro, (2ª edición), 676 páginas; Laicismo, educación y represión en la España del siglo XX. (Ourense, 1909-1936/39). Sada (A Coruña), Ed. do Castro, 1993, 323 páginas y Masonería Universal. Una forma de sociabilidad. Familia Galega (1814-1996). A Coruña, Fundación Ara Solis, 1996, 222 páginas.
Otros datos de interés:
Es miembro numerario desde 1990 de la Sociedad Española de Historia de la Educación, del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española,... Es profesor asociado del Laboratoire Littérature et Histoire des Pays de Langues Européennes de la Université de Franche-Comte.

UNA FORMA DE SOCIABILIDAD DE DIFÍCIL HOMOGENEIDAD

Describir cómo es interna y orgánicamente una forma de sociabilidad tan particular e importante históricamente como la francmasonería, resulta una labor harto ardua y especialmente difícil para cualquier historiador o antropólogo especializado en esta línea de investigación. Todo ello, debido, sin duda, a esa gran diversidad de desviaciones que, a lo largo de su dilatada historia, ha tenido este curioso ente de sociabilidad, a pesar de tener que regirse, teóricamente, por sus estatutos tradicionales publicados en 1723,5 las *Constitutions of the Free-Masons* de Anderson y Desaguliers; siendo, entonces, una asociación con la estatutaria obligación de tener que ceñirse dentro de unos confines conceptuales muy definidos, contemplados, por ejemplo, en su capítulo «Deberes de un francmasón», como no poder admitir en la asociación a ateístas o ateos,⁶ ni a mujeres,⁷ ni a personas con algún defecto físico aparente,⁸ ni hacer ningún tipo de exclusión de índole racista, política, religiosa, nacional o lingüística.

A pesar de todo lo expuesto, tanto las distintas y heterodoxas desviaciones o disidencias que ha tenido desde 1717 como las particularidades de los países y Estados donde se estableció y las distintas épocas y sus correspondientes paradigmas o poéticas que, obviamente, fueron influyendo en sus miembros, han conseguido transformar esta asociación, originariamente inglesa y escocesa, en un complejísimo mosaico de variadísimas y hasta contradictorias teselas.

Pavimento teselado de difícil factura que, visto desde lejos, se nos muestra formalmente como una aparente estructura más o menos parecida u homogénea, pero que, al observarlo más

detenidamente se puede apreciar con facilidad que está conformado por teselas tan dispares como los siguientes ejemplos:

- sociedades exclusivamente masculinas;
- sociedades exclusivamente femeninas;
- sociedades mixtas sexualmente;
- sociedades racialmente mixtas;
- sociedades exclusivamente de raza blanca;
- sociedades exclusivamente de raza negra;
- sociedades exclusivamente formadas por militares, por ferroviarios, por diputados, por intelectuales, etc.;
- sociedades con una ideología política completamente definida;
- sociedades que siguen sin aceptar «entre sus columnas», es decir, dentro de su organización, a personas con defectos físicos manifiestos;
- otras que aceptan a tullidos;
- sociedades que siguen sin iniciar a ateos o agnósticos;
- otras que, por el contrario, no reparan para nada en esta condición, llegando a erradicar completamente de su documentación e iconografía la advocación al Gran Arquitecto del Universo; etc.

Como el lector podrá barruntar, estamos ante una extraña asociación o, mejor dicho, un complejísimo conjunto de asociaciones donde lo único que, en muchas ocasiones, sirve de nexo entre ellas es: la propia y general denominación; la particularidad de seguir siendo un recuerdo preclaro de las antiquísimas y herméticas tradiciones iniciáticas occidentales; la subjetiva ambición de creerse una suerte de transcendental y arquetípica escuela de formación deontológica del ser humano; el complejo aparato simbólico de su variada iconografía y emblemática, y -no en todas las ocasiones- su nomenclatura; la práctica de la ayuda recíproca y la beneficencia; y, hasta cierto punto, un más o menos homogéneo imaginario colectivo compartido por todos sus miembros, mixturado obviamente por el correspondiente sincretismo de sus diferentes credos personales de índole política o pseudofilosófica, o por las particularidades del rito masónico que siga la logia a la cual pertenezcan, conocido el hecho de las variadas complejidades y diferencias existentes entre la enorme multiplicidad de ritos.

Una vez expuesta esta extensa e importante matización, podemos seguir hablando de esta forma de sociabilidad en clave de reduccionista generalización. Nos encontramos, entonces, ante una reservada asociación denominada francmasonería que en no pocas ocasiones ha sido denostadamente tildada por sus detractores como secta. Peyorativa calificación ésta que no sólo ha sido causada por su reconocido secretismo y por sus sin duda tenebrosos ritos iniciáticos, sino también por su manifiesta ambición por medrar o extenderse, intentando resultar o constituirse como una discreta e *influyente* asociación; por su acción de entenderse o declararse como una mística -e íntima- «escuela de pensamiento» con una profunda proyección en la forma de entender la vida y hasta de conducirse en ella por parte del iniciado; y, obviamente, por su «*guardada*» y «*tribal*» práctica como asociación para el mutuo apoyo de sus miembros, reglamentada realidad ésta -comprometiendo en ello al iniciado por medio de un juramento o promesa individual¹³- que, al haberse extralimitado en no pocas y aberrantes ocasiones como aquella criminal y tristemente célebre logia romana *Propaganda n° 2*, ha llegado a convertir a la francmasonería ante la opinión pública, ante la misma crítica e imparcial valoración del investigador, y ante gobiernos para nada sospechosos de estar influidos por doctrinas de corte fascista como, por ejemplo, el mismísimo gobierno del primer ministro británico Anthony Blair, en un

oscuro ente concertador o arreglador, entre otras cosas, de nepótico compadreo, tráfico de influencias y antidemocráticos tratos de favor.

Por todo ello, estamos ante una curiosa, compleja y ambiciosa entidad de sociabilización que, en su deseo de «acompañar» o «interiorizarse» completamente en el pensamiento y en la existencia de sus iniciados llega, incluso, en su natural aspiración por proyectarse en una realidad de auténtica experiencia personal y cotidiana, a no contentarse solamente con quedarse reducida a una práctica «pensada» o «vivida» exclusivamente entre los cerrados y ocultos muros de la logia, trascendiendo ese secreto ámbito de sociabilidad, al poder hacerse socialmente tangible, por medio de ciertas celebraciones, compartiéndose entonces con la propia familia y el entorno «profano» de amistades. Nos estamos refiriendo a esas reglamentarias conmemoraciones hechas con toda la formalidad y el boato que tanto caracteriza a la masonería y que, de alguna manera, intentan suplir las celebraciones tradicionales más importantes de la vida de sus miembros -reemplazando, en cierta forma, a la religión-, abarcando, entonces, el relevante ámbito social de solemnidades tan importantes para el ser humano como, por ejemplo, el inicio y el final de su misma vida; es decir, el bautizo y el funeral, por medio de sus conocidas ceremonias¹⁴ de adopción de un «lobetón» o «lobetona» y la correspondiente tenida fúnebre.¹⁵

Una sociabilidad que, gracias a su obligada acción de beneficencia, ha creado hospitales, universidades, centros de investigación sanitaria, bibliotecas, orfanatos, casas de acogida, etc.; que ha constituido y sostiene becas de estudios, colegios y asociaciones juveniles para los hijos de sus miembros; que ha fomentado y mantiene sociedades de caución o socorros mutuos, con cobertura estrictamente masónica o con la posibilidad de incluir también al denominado «mundo profano»; que practica el excursionismo; que, según en qué épocas y en qué naciones, ha desarrollado públicas campañas en contra de la pena capital, en pro de la paz mundial, de la laicización, de la incineración de cadáveres, del fomento e instrucción del esperanto, de la reinserción social de los presidiarios, ...; y que, en suma, ha fomentado y fomenta, con contumaz constancia, la interrelación social de sus propios miembros, intentando crear dentro de sus círculos de sociabilización un estrecho, íntimo e igualitario ambiente de fraternización que, en su utópico y *masculino* pensamiento sobre la amistad, llega a rayar -en ocasiones con estrepitosa rotundidad- en candidas o ingenuas posturas conductuales típicamente infantiles, como hemos podido comprobar en todas aquellas ocasiones en que se nos ha brindado la oportunidad de introducirnos, como observador participante, en sus discretas reuniones, y que, en otro orden de cosas, pueda ser, además, la mayoritaria motivación; o, dicho de otra manera, el origen o la causa primordial que más ha empujado, atraído y mantenido en esta asociación a los individuos que se han dejado iniciar en sus secretos.

UNA CAUTELOSA SOCIEDAD DIFÍCILMENTE DEFINIBLE

¿Cómo definir entonces a esta curiosa forma de sociabilidad? La mayoría de los estudiosos de esta línea de investigación eluden el compromiso de definir su objeto fundamental de estudio, debido a la enorme dificultad que esta tarea encierra; otros autores, incluido el que escribe estas líneas, han intentado definirla por medio de un concepto general de la manera más explicativa posible, veámoslo:

«pechada sociedade de apoio mútuo, de índole iniciática e profundo carácter relixioso ou místico que, teóricamente, persegue a declarada ambición de converterse nunha influente, moralizante e tolerante elite, para así poder acadar a súa humanitarista aspiración especulativa primordial fundamentada na gradual superación ética do individuo cara a conquistar, por este camiño, a súa cosmopolitista e ilustrada utopía final cifrada na consecución dunha humanidade perfecta grazas á xeralizada expansión dos lazos da auténtica

fraternidade. O espacio de sociabilidade da francmasonería é a loxia ou o «obradoiro», verbas que, na masonería, contraen contidos plurais moi amplos ó entenderse tamén como a prototípica agrupación ou colectivo de individuos masóns. Nos inicios da historia moderna desta asociación, a loxia deixou de ser o taller dos constructores para pasar a seren o lugar que, nun principio, fora a sá ou o reservado das tabernas inglesas onde estes primeiros masóns especulativos celebraban as súas secretas reunións institucionais chamadas «tenidas», para,

máis tarde, chegar a poseer -en propiedade ou mediante aluguer- un lugar de reunión

estable onde, ata hoxe, véñense a reunir os masóns e anomean 'templo'.»

Otros investigadores han intentado definirla por exclusión; es decir, explicando lo que no es, siguiendo más o menos la definición dada, en 1935, por Bernard Fay,¹⁷ como el profesor José Antonio Ferrer Benimeli que, con excesiva simplicidad e irreflexiva rotundidad, la ha definido de la siguiente manera: «la masonería no es un partido político, ni un sindicato, tampoco es una religión, ni una secta, y ni siquiera es en la actualidad una sociedad secreta, aunque, naturalmente, tenga sus secretos como cualquier otra institución».¹⁸ Este mismo autor ofrecerá, más tarde, otra manera distinta de definir a esta asociación incidiendo excesivamente -como también hace el profesor Pedro Fermín Álvarez Lázaro al que parece seguir en todo esto-, en su para mí obligadamente sopesable, cuestionable o matizable labor pedagógica -que no deontológica-, diciendo: «La Masonería se puede considerar, pues, desde su nacimiento, como una escuela de formación humana, en la que, abandonadas completamente las enseñanzas técnicas de la construcción, se transformaba (sic) en una asociación cosmopolita que acogía en su seno a hombres diferentes por la lengua, la cultura, la religión, la raza, e incluso por sus convicciones políticas, pero que coincidían en el deseo común de perfeccionarse por medio de una simbología de naturaleza mística o racional, y de la ayuda a los demás a través de la filantropía y la educación».¹⁹

También hay masonólogos que, sin atreverse a teorizar *in extenso* sobre su objeto primordial de investigación, definiéndolo, como deberían, con la exigida claridad y el necesario, distanciador y académico espíritu crítico correspondiente, hacen hincapié, cuando se refieren a esta línea de investigación, en lo que para ellos va a estribar, esencialmente, su realidad o su función intrínseca. Este es el caso del historiador de la educación citado líneas arriba Pedro F. Álvarez Lázaro que, en su segunda monografía sobre el tema, llega a esbozar una especie de brevísima conceptualización de esta compleja sociedad por medio de un sistema exageradamente reduccionista, al circunscribirla al estricto -aunque transcendental- ámbito fundamental de sus propias investigaciones, el pedagógico; entendiéndolo, entonces, a la masonería²⁰ como una «escuela de formación del hombre y del ciudadano», creyéndola, exclusivamente, como «...una institución cuya finalidad es la formación intelectual y moral del hombre, conforme a un espíritu de tolerancia y universalismo.»²¹ Al leer estas palabras no podemos evitar el hecho de asociarlas, automáticamente, con el ensalzador y mitificador estilo discursivo que la propia masonería ha utilizado y sigue utilizando como reclamo propagandístico cuando se refiere a sí misma. No hay duda que el autor en cuestión -además de reducir excesivamente el campo conceptual de su definición- no guarda la suficiente distancia con respecto a su objeto de estudio, como suele ser la costumbre de este publicista jesuita cuando pretende discursar científicamente sobre el tema, poseyendo su almibarado discurso un compendio de extraños y obsoletos tratamientos ensalzadores, tanto hacia «Sus Santidades» los papas romanos como, curiosamente, hacia su bienquerida y admirada institución masónica. Hay otros estudiosos de la francmasonería, como Pere Sánchez i Ferré, que, sin ofrecer también el exigido distanciamiento crítico, intentan definir a «la Orden del Gran Arquitecto del Universo», por medio de un acientífico y manifiesto estilo propagandístico,²² centrando el discurso definitorio de esta asociación en este caso particular, en la carga de conocimiento esotérico y en el ocultista ámbito que, como toda sociedad iniciática, obviamente posee, cuando dice: «*La maçoneria és un orde de tradició iniciàtica que té el seu origen en les collegia fabrorum romanes i les corporacions de constructors medievals. Practica el ritual i la cerimònia, creu en la seva eficàcia i reconeix l'existència d'un principi superior que anomena Gran Arquitecte de l'Univers. És també una escola de pensament que estudia la ciència dels símbols, cerca la veritat, es dedica a activitats filantròpiques i es formada per homes solidaris i tolerants. Lluita per millorament moral, intel·lectual i material de la humanitat i una de les seves divises és la Fraternitat, base de la Llibertat i de la Igualtat.*»²³

Dentro de este modo «confesional» e íntimamente subjetivo de hacer historia, tenemos otro ejemplo si cabe todavía más exageradamente «místico», al llegar el autor al extremo de evitar el hecho de definir con pormenor esta forma de sociabilidad, entendiéndola solamente como una sociedad iniciática y semi-secreta y como una suerte de críptico y sugerente

«conhecimento íntimo» que, como resulta lógico presuponer, ningún investigador que no haya sido iniciado en sus místicos misterios podrá jamás conocer con exactitud. Nos referimos al profesor universitario y masón portugués de Oliveira Marques, llegando este conocido investigador en su exagerado y a todas luces pueril atrevimiento, a despreciar al resto de las investigaciones realizadas por historiadores no masones, tanto portugueses como españoles, intentando rechazar o despreciar toda su obra al faltarles «un no sé qué» -indudablemente mágico- que, para este viejo profesor, sólo el historiador masón puede poseer; al decir que: «Por muito grandes que sejam os méritos metodológicos, a instrução obtida pelo contacto com as fontes e a bibliografia pertinentes, falta sempre, a todos esses historiadores, um não sei quê que se revela aqui e além,...»;²⁴ es decir que, por muy bueno que sea el historiador, si no ha sido iniciado en los misterios de la masonería jamás podrá llegar al, indudablemente *gnóstico* para este autor, conocimiento sobre esta forma de sociabilidad burguesa.

Otro escritor perteneciente también a la masonería como los dos anteriores, pero que muestra en su discurso un talante indudablemente menos «confesional» que ellos, nos ofrece una definición que compila las categorías primordiales que fundamentan, teóricamente, esta forma de sociabilidad de una manera harto didáctica: «En la práctica, la masonería se nos presenta hoy en día como una sociedad de pensamiento, relativamente

secreta, extendida por el mundo entero. Basada en la libertad de pensamiento y la tolerancia, se fija como objetivo la búsqueda de la verdad en todos los campos y el perfeccionamiento material y moral de la humanidad. Sus adherentes se agrupan en *logias*, *capítulos*, *areópagos* (según los grados de la jerarquía), reunidos y constituyendo *obediencias*: *Grandes Logias*, *Supremos Consejos*, *Soberanos Santuarios*. Sus diversas formaciones difieren por los ritos practicados, expresados en *rituales*.»²⁵

LA FRANCMASONERÍA: UN MODELO ASOCIATIVO DE VIEJA TRADICIÓN DEMOCRÁTICA

Estamos, entonces, ante una forma de sociabilidad -originariamente masculina- con amplias, ambiciosas y trascendentales categorías, con una clara y declarada ambición por perpetuarse en el tiempo y extenderse por todo el mundo como proclama su utopía fundamental, y con una estructura orgánica, simbólica y teórica muy definidas. Estamos ante un tipo específico de sociabilidad formal urbana y *urbanizadora* -organizada desde su mismo inicio- de múltiples funciones: interacción social, entretenimiento, formación ideológica y práctica democrática, apoyo mutuo y beneficencia, etcétera. Pero hay que subrayar el hecho relevante de su particularísima especificidad que, indudablemente, va a radicar en su propia estructura orgánica.

Al ser una sociedad iniciática con unas complicadas formas preestablecidas por unos estatutos, los miembros elegidos para ser iniciados tendrán que, bajo juramento, aceptar los principios y fines de la sociedad y mantener en secreto todo lo que vean y conozcan en ella, amén de pasar por una rigurosa selección previa, teniendo además que superar unas pruebas de iniciación no aptas para individuos con cualquier problema de desequilibrio emocional o psicológico. Esto, indudablemente, va a singularizar a esta forma de sociabilidad del resto de las formas de sociabilización existentes, otorgándole unos rasgos completamente exclusivos que, además, a lo largo de la historia y en abundantes ocasiones, serán copiados en parte -o influenciarán sobremanera- en muchas formas de sociabilidad política, filantrópica o de puro esparcimiento, llegando incluso su influencia al ámbito de las asociaciones de índole juvenil.

Pero incidamos ahora en ese punto históricamente de tanta relevancia -y que, sorprendentemente, ha pasado casi desapercibido hasta hace poco tiempo para la, por lo general, mediocre historiografía española sobre la masonería- de la «práctica democrática», explicada ya, en 1987, por el profesor de la Universidad de Innsbruck Helmut Reinalter en la interesante ponencia que presentó en el III Symposium de Metodología Aplicada a la Historia de la Masonería Española, celebrado en Córdoba en junio de ese año, y recordada, en 1996, por el profesor Luis Pedro Martín Martínez, siguiendo este autor la tesis apuntada, en 1984, por Ran Halévi.²⁶ La masonería se rige y funciona desde su mismo inicio, reglamentadamente, como una organización que, además de exigir el trato socialmente

igualitario entre sus miembros, se jerarquiza, estructura y organiza siguiendo una amplia y práctica ambición de coparticipación democrática, convirtiéndose, entonces, en una de las primeras formas de sociabilidad democrática de la historia. La misma aprobación última de la admisión de un nuevo miembro, mediante la votación de *todos* los componentes de la logia -sin importar para nada el estamento o la clase social a la que perteneciese el masón y el grado o el cargo ostentado en la logia- por el método de bolas blancas y negras; es decir por medio del anónimo método del balotaje; las obligadas elecciones anuales de cargos o dignidades de la logia, realizadas también por el democrático sistema de votación, copiada después por tantas sociedades secretas, cámaras legislativas, claustros universitarios americanos y otras instituciones, son la base estructural de esa práctica democrática. Como recuerda el ya citado profesor Martín: «Las logias tienen sus responsables y su elección constituye el umbral del comportamiento democrático de la sociedad masónica, la práctica de la democracia interna se manifiesta en todos los asuntos ordinarios y extraordinarios, pero la elección de los dirigentes conduce esta práctica a su última y verdadera expresión. El acto de la elección no está aislado de los demás; en realidad es una necesidad para la sociabilidad masónica, porque la vida cotidiana de los talleres depende en gran parte de la elección de sus dirigentes. No obstante, para alcanzar este nivel, la institución masónica indica el camino a tomar con reglas muy precisas.

Primero, se ponen condiciones para ser candidato a un cargo y, segundo, el voto y el escrutinio están sometidos a controles férreos»



La Gran Logia Unida de Inglaterra